

Nuestra profesión, nuestras realidades

Hoy más que nunca, es necesario defender nuestra profesión de los embates a los que es sometida periódicamente. Los medios de comunicación multiplican los deseos de empresas informáticas que pregonan las virtudes de los traductores en línea o automáticos, otros insisten en que para traducir basta saber idiomas, y hay quienes auguran un futuro incierto a la carrera de traducción. Nuestro puesto de trabajo y de formación constante es nuestra trinchera, y desde allí tenemos que seguir haciendo grande y digno el lugar del traductor público.

Un sabio texto anónimo decía: «De nosotros, de nosotros depende el que nuestra palabra no se pierda. De nosotros depende asegurar estas palabras». Como traductores, sabemos de la importancia de esta sentencia milenaria. Sin embargo, no parece ser ese el espíritu que evidencian algunas agencias y sistemas de traducción ni tampoco quienes celebran sus pequeñas y escasas virtudes cuando los publicitan y alientan a través de los medios de comunicación.

Leemos asombrados y confundidos —aunque, en rigor de verdad, no nos confunda en absoluto— cómo se busca legitimar el uso de traductores automáticos que dan por hecho que se puede prescindir del trabajo humano y profesional en el campo de la traducción.

Algunas de estas cuestiones provocadoras surgen de la exaltación de un sitio de traducción llamado Duolingo, que ofrece servicios de traducción en línea; o de Google Translate, que se presenta como un traductor automático y que claramente

suele resultar en errores groseros cuando surgen situaciones de ambivalencia o de interpretación que el programa no puede interpretar y, por lo tanto, tampoco resolver correctamente.

Quienes pregonan las supuestas virtudes de la traducción automática no ponen sobre la mesa lo que esta tecnología esconde. Hay allí una trama oculta donde no solo se pierde la calidad del texto, sino que se corre el serio riesgo de incurrir en graves errores de comprensión del texto original. Y ambas cuestiones se banalizan y dejan libradas al azar.

Pero no solo se atenta contra la traducción y los traductores, sino también contra las lenguas, que sufren un violento empobrecimiento de sus características a medida que se las va reduciendo en su vocabulario y en la belleza particular que cada una de ellas posee. La traducción automática no tiene reflejos y está muy lejos de poder identificar los colores y las texturas de las palabras o el sonido de cada expresión.

Hay otro tema que queda oculto en esta trama «ingenua» que propone el trabajo «voluntario». Detrás del uso y abuso de la solidaridad, se oculta la explotación laboral más descarada. Es muy habitual y, también, loable que se incentive el estudio de una lengua con el objetivo de que el aspirante a casi cualquier tipo de trabajo cuente con más herramientas para conseguir un empleo. Sin embargo, al trabajador precarizado, además de pedirle que cumpla con sus funciones habituales dentro de una empresa, se le solicitará también que esté en condiciones de afrontar y traducir un texto como si se tratara de una tarea más y como si ese texto y quienes vayan a leerlo no merecieran el menor respeto.

En la revista dominical del diario *La Nación* del 6 de mayo de 2012, Santiago Bilinkis, gurú informático y creador de Officenet (venta en línea de artículos de oficina), respondía lo siguiente a la pregunta del periodista:

¿Qué carrera les dirías a tus hijos que no estudien porque no va a existir?

La más obvia es traductorado público. La traducción de computadoras cada vez es más precisa. Todavía es pobre, pero avanza. En 10 años prácticamente no quedará trabajo para la traducción. La charla TED de Luis Von Ahn (inventor de Duolingo, un traductor colaborativo *online*) generó furia entre los traductores: «Nos van a dejar sin trabajo, esto hay que pararlo», escribían en los comentarios. Esto no para. No maten al mensajero, el problema está y va a suceder.

Este es un argumento que no solo no es desarrollado por el entrevistado, al no disponer de mayores elementos para exponerlo, sino que tampoco se sostiene en sí mismo con las tendencias que se multiplican en todos los rincones del mundo, dado que los organismos internacionales, el mundo de la economía y las finanzas, el derecho y la política en general necesitan cada vez más de los traductores para tener una comunicación más fluida entre quienes participan en las negociaciones y discusiones. El respeto por la diversidad lingüística amplió el escenario de la traducción.

Para ello y para mucho más son necesarios los traductores en general. La traducción y los traductores suelen ser blancos de ataques en distintos escenarios y con intenciones diferentes. Es increíble, pero aún hoy se leen artículos sobre traducción donde se apela al irrespetuoso y perimido concepto de *traduttore traditore*, como si se tratara de una cita erudita cuando, en realidad, es un lugar común que solo intenta ofender la noble tarea del traductor.

El CTPCBA cumple el papel de guardián que vela por el respeto de nuestra profesión. Así, encuentra en expresiones como Duolingo verdaderos enemigos del traductor profesional y responsable, y por eso pone en evidencia su esencia explotadora, su desprecio por el trabajo bien hecho y su desconsideración hacia las lenguas en general. A pesar de los embates sin sentido, la tarea responsable del traductor profesional continúa viva y goza de buena salud.